
Flexibilización del trabajo y precarización vital

Imanol Zubero

e

1. Los tiempos están cambiando

El economista David Anisi inicia con estas palabras uno de sus libros, en los que somete a análisis crítico el desmontaje neoliberal del Estado de Bienestar:

“Debo comenzar recordándome a mí mismo, y también a ti lector occidental, que en el caso de que el que lea estas páginas tenga alrededor de veinte años su memoria personal sólo podrá referirse a tiempos de crisis. Este lector estará acostumbrado a convivir con el desempleo, con la marginación y la pobreza. Un trabajo fijo será para él una meta imposible, y probablemente ya habrá trabajado por cuenta ajena sin ningún tipo de contrato legal. Sabrá que conseguir una vivienda es algo que de momento no puede plantearse, y no se extrañará cuando vea cómo se privatiza la educación y la sanidad. Estará tan acostumbrado a los “vigilantes jurados” que no verá en ellos la privatización, también, de parte de lo que fue un importante servicio público. No se escandalizará cuando se hable de “flexibilizar el mercado de trabajo”, puesto que él ya se encuentra suficientemente “flexibilizado” desde que tiene uso de razón. Y cuando oiga hablar de los problemas de las pensiones de jubilación le parecerá simplemente que el tema no va con él. Voy a tratar de contar aquí, a ese lector, que las cosas no fueron así siempre”.

Imanol Zubero (Bilbao), Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea.

En efecto: las cosas no fueron así siempre.

Clifford Geertz es un destacado antropólogo norteamericano que ha publicado un hermoso texto en el que realiza algo así como una autobiografía profesional. Su lectura nos ilustra, a la perfección, sobre los profundos cambios que han experimentado en los últimos años las sociedades occidentales, cambios que complican sobremanera la tarea de la inserción laboral y, por ende, el objetivo de la cohesión social.

Su relato autobiográfico empieza así: “He aprendido al menos una cosa en el proceso de improvisar una carrera académica: *todo depende del momento exacto*. Entré en el mundo académico en la que había de ser la mejor época de todo el curso de su historia para ingresar en él, al menos en EE.UU. Cuando en 1946 salí de la Marina de EE.UU, una vez nos habíamos librado por muy poco de tener que invadir Japón gracias a la Bomba, en América se había puesto en marcha el boom de la educación superior y yo *he surcado las olas, cresta tras cresta, hasta el día de hoy*, cuando, al igual que yo, finalmente parecen decrecer”.

El caso es que con 20 años, tras participar en la guerra, Geertz recibió, como millones de compatriotas, la *G.I. Bill*, una prestación que pretendía recompensar a las tropas a su regreso de la guerra con el financiamiento de sus estudios. El impacto de esta prestación supuso la afluencia de dos millones y medio de veteranos a la universidad entre 1945 y 1950, transformando radicalmente el escenario universitario, primero, y el conjunto de la sociedad, después. Porque, aunque hoy nos parezca imposible, hubo un tiempo en que los Estados Unidos de América fueron muy distintos de los que hoy conocemos.

Así pues, primera y fundamental ola, claramente providencial: de no haber sido por la *G.I. Bill*, Geertz –quien creció en un ambiente rural durante la Gran Depresión– no hubiera llegado nunca a la universidad. Al no haberlo previsto (no se lo esperaba) cuenta que se pasó un verano vagabundeando por San Francisco, “reajustándose” a la vida civil a costa del gobierno. Su primera decisión fue la de ser escritor –como Steinbeck o

London— y para ello envió una solicitud de admisión para una pequeña facultad de humanidades experimental, inconformista y contracultural. Eran otros tiempos, escribe Geertz: “No tengo claro si por entonces sabía que estas solicitudes a veces se rechazan y yo no tenía un plan alternativo. Si me hubieran rechazado, probablemente me hubiera ido a trabajar a la compañía telefónica, hubiera intentado escribir por las noches, me habría olvidado de todo el asunto y todos nos hubiéramos ahorrado la situación en la que ahora estamos”. Pero fue admitido: segunda ola.

Geertz accedió al mundo universitario sin tener nada claro.

“Como quería ser escritor, pensé absurdamente, claro está, que debía especializarme en inglés. Pero incluso esto me pareció constreñidor, de modo que viré a la filosofía, para cuyas exigencias cualquier clase a la que iba —musicología o política fiscal— podía virtualmente servirme. Por lo que respecta a la vertiente ‘práctica’ del programa de ‘trabajo-estudio’ y al preocupante interrogante que suscitaba —¿qué tipo de empresa comercial tiene un puesto vacante para un aprendiz de *littérateur*?— pensé, aún más absurdamente, que debía entrar en el periodismo como una ocupación que me facilitaría las cosas, algo que me respaldara hasta que encontrara mi propia voz; idea que pronto quedó aletargada tras un periodo de chico de los recados en la, tanto entonces como ahora, enloquecida y miserable redacción del *New York Post*. El resultado de todas estas búsquedas, pruebas y divagaciones (si bien, como ya dije, conseguí ingeniármelas para casarme en medio de todo aquello) fue que cuando llegué a graduarme, no tenía más idea de lo que hacer para ingresar en el mundo de la que había tenido cuando entré allí. Aún me estaba ‘reajustando’. Sólo pensemos en lo que diríamos hoy de un joven que pase por la universidad con esta actitud. Pensemos también lo que pensaríamos de una universidad que fomentase este tipo de formación, tan alejada de las exigencias de ‘la práctica’ y del mercado laboral”.

Tras su graduación se orientó hacia la antropología por consejo de un profesor. Coincidió que se acababa de instituir un programa experimental de becas e investigación para recién gra-

duados. Uno de sus profesores, responsable de la concesión de las becas en Antioch, dio el visto bueno a su petición: “Me consideraba, dijo, no menos prometedor que cualquier otro, así que, si yo quería la beca, era mía. Con un estipendio tan inusualmente generoso para la época, de hecho, para cualquier época”, suficiente para mantenerle a él y a su esposa durante dos años. Sin muchos planes —“y una vez más, me subí a la ola”— se unió a un grupo que iba a hacer trabajo de campo en Java. “De la misma manera insospechada y casual en la que nos hicimos antropólogos, y casi con la misma inocencia, nos hicimos especialistas en Indonesia”.

En fin: vuelve a Estados Unidos, se doctora, continúa investigando en distintos centros universitarios, realiza trabajo de campo en Asia y África —“estudiando bazares, mezquitas, el cultivo del olivo, la poesía oral”—, configurando, según sus palabras, “una carrera errática, mercurial, variada, libre, instructiva y nada mal pagada”.

Y aquí es cuando se plantea una pregunta fundamental: “¿Es accesible hoy día una vida y una carrera como ésa? ¿En la era de los adjuntos? ¿Cuando los estudiantes graduados se refieren a sí mismos como los *predesocupados*?”. Su respuesta no puede ser más clarificadora:

Todo lo que sé es que hasta hace un par de años, de manera alegre y un tanto fatua, solía decirles a los estudiantes y a los colegas más jóvenes que me preguntaban cómo abrirse camino en una ocupación tan rara como la nuestra que se mantuvieran sin ataduras, que asumieran riesgos, que se resistieran al camino trillado, que evitaran hacer carrera, que hicieran su propio camino y que, si procedían así, si se mantenían fieles a ese estilo, además de alertas, optimistas y leales a la verdad, según mi experiencia, podrían hacer lo que quisieran, lo que desearan, gozarían de una vida valiosa y, sin duda, próspera. Ya no doy esos consejos.

Ya no da esos consejos. ¿Por qué? Porque los tiempos han cambiado. Porque nuestras sociedades han cambiado. Porque hoy en día, probablemente, Geertz no hubiese podido optar a coger todas esas olas.

2. El trabajo ya no es lo que era

Escribe Claudio Magris que hay ocasiones en las que “una época puede quedar resumida en una palabra clave que, como una marca de fábrica, indica sus aspectos y tendencias más llamativas o sus manías más persistentes, su retórica dominante”. Así es. Y cuando pensamos en la situación económica española y en sus consecuencias sociales, esa palabra sólo puede ser: *inseguridad*. Inseguridad, o cualquiera de sus sinónimos de hecho: riesgo, incertidumbre, precariedad.

Hace apenas una decena de años el principal problema socio-económico de las sociedades industriales avanzadas era el *paro estructural*. En 1994, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico dedicaba al análisis, diagnóstico y tratamiento de este fenómeno su *Estudio de la OCDE sobre el empleo. Hechos, análisis, estrategias*.

Muy lejos quedaban los debates sobre el carácter del paro, sobre si éste era coyuntural o estructural. Tan lejos como las tasas del 1,5 y el 2,15 por ciento existentes en España entre los años 1960 y 1974 (1,7 y 8 por ciento si tenemos en cuenta el saldo migratorio acumulado). La evolución del empleo en España no dejaba lugar a dudas. Distinguiendo tres periodos de la economía española, entre 1977 y 1985 (crisis), el empleo disminuyó a un ritmo medio anual de 225.000 personas y la población activa aumentó a un ritmo de 65.000 personas, por lo que el paro aumentó en 290.000 personas al año. Entre 1985 y 1991 (recuperación), el empleo crece en alrededor de 302.000 personas al año, pero la fuerte expansión de la población activa en ese mismo periodo amortigua los efectos sobre el paro, que tan sólo disminuye a razón de algo más de 94.000 personas al año. Por último, durante la etapa de 1991 a 1993 (nueva crisis), un reducido incremento de la población activa no fue suficiente para compensar las fuertes reducciones de empleo, de alrededor de 377.000 personas al año, con lo que el paro aumentó espectacularmente, a razón de 504.000 personas al año hasta alcanzar unas tasas cercanas al 24 por ciento de la población activa.

Este fortísimo deterioro del entorno laboral tuvo, como era de esperar, importantes consecuencias sobre la situación de los hogares, muchos de los cuales pasaron a engrosar el mundo de la denominada *nueva pobreza*, denominación bajo la que se incluían a aquellas personas y hogares anteriormente prósperos que, como consecuencia de la pérdida del empleo del cabeza de familia, entraban en un proceso creciente de vulnerabilidad y deterioro de sus condiciones de vida¹. Sólo la expansión registrada a partir de 1988 por el sistema no contributivo de garantía de rentas, con la incorporación al mismo de los ingresos mínimos de inserción, compensó relativamente la crisis del empleo.

En todo caso, más allá de las cifras existía un vivo debate académico sobre el futuro del empleo, expresión de un profundo temor al incremento o, cuando menos, al mantenimiento de elevadas tasas de desempleo, cuyo ejemplo más destacado puede ser *El fin del trabajo* de Jeremy Rifkin, publicado en España en 1996. Los economistas se esforzaban por calcular con la mayor exactitud posible la “tasa natural de desempleo”² correspondiente a cada una de las economías nacionales y las organizaciones sindicales reivindicaban con energía el reparto del trabajo como la única estrategia coherente para combatir un paro estructural derivado de una oferta de empleos irremediablemente escasa.

Sin embargo, casi de la noche a la mañana, con una rapidez y, sobre todo, una imprevisión similar a la que acompañó la caída del bloque soviético, para el año 2000 los datos y los discursos

1 Por aquellos años Cáritas publicó su famoso informe sobre la pobreza en España, descubriendo la cifra de 8 millones de personas pobres (EDIS, “Pobreza y marginación”, *Documentación social*, 1984). Por su parte, un estudio sobre la pobreza en Euskadi señalaba la cifra de 666.300 personas viviendo en situación de pobreza, un 31,5% de la población total (*La pobreza en la Comunidad Autónoma Vasca*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz 1987).

2 O tasa de paro que no aumenta la inflación, denominada NAIRU en los textos de economía, acrónimo de *Non-Accelerating Inflation Rate of Unemployment*. El adjetivo de “natural” asociado al desempleo nos indica bien a las claras la característica dominante de la aproximación al desempleo en aquella época: la convicción generalizada de que existía un límite infranqueable a la hora de reducir las tasas de paro.

sobre el empleo y el paro habían dado un giro espectacular. Comenzando por los datos, a partir de 1994 el paro inicia un progresivo descenso que llega hasta nuestros días, pasando de una tasa del 23,9% hasta el aproximadamente 8% actual.

Europa ha recuperado el discurso del pleno empleo a partir de la celebración del Consejo Europeo extraordinario que reunió en marzo de 2000 en Lisboa a los dirigentes de todos los estados de la Unión. Tanto es así que la Comisión Europea presentó en la cumbre de Lisboa una propuesta a los estados miembros titulada *Las políticas comunitarias al servicio del empleo* en la que se planteaba su confianza en lograr el pleno empleo (es decir, unas tasas de paro entre el 4 y el 5%) para el año 2010, siempre que el crecimiento medio de las economías europeas durante la próxima década fuese del 3%.

Los enviados especiales del diario *El País* en la cumbre de Lisboa, Walter Oppenheimer y Sandro Pozzi, iniciaban así su información sobre el

primer día de reunión: “El impresionante éxito de la economía norteamericana, que lleva ya ocho años seguidos creciendo a unas

El pleno empleo que se confía en lograr en Europa el año 2010 es un “pleno subempleo”

tasas de vértigo, está haciendo calar más que nunca el liberalismo económico. Europa intenta ahora ponerse a la misma altura de la mano de una nueva retórica, la que cambia las viejas apelaciones al Estado de bienestar por las más modernas de nueva economía, economía del conocimiento, o pura y simplemente, la más mágica de las palabras: Internet”. Los principales dirigentes europeos, con la excepción del francés Lionel Jospin, salieron de Lisboa más convencidos, si cabe, de las bondades de la liberalización económica. Tan convencidos que han recuperado un viejo objetivo abandonado desde los años ochenta: el compromiso con el pleno empleo, que esperan alcanzar para el año 2010. ¿Por qué se recupera ahora un objetivo tradicionalmente

vinculado a la socialdemocracia y orillado de hecho durante los años de la contrarreforma neoliberal? En mi opinión, la respuesta es evidente: el pleno empleo del que se empieza a hablar ahora en Europa no es el mismo pleno empleo de los años Cincuenta y Sesenta; es el pleno empleo estadounidense, un *pleno subempleo*. Y si aquel era a la vez consecuencia y causa de la capacidad de influencia de los ciudadanos y los trabajadores sobre las políticas públicas, este otro “pleno empleo” es consecuencia y será causa de su debilidad.

Sencillamente, recordemos cómo se define en la actualidad estadísticamente la “ocupación”. Para figurar en las encuestas como persona *ocupada* (y no, por tanto, como parada o inactiva), basta responder afirmativamente a la siguiente pregunta: “¿Realizó durante la semana pasada alguna actividad o trabajo remunerado por muy pequeño que este fuera (al menos 1 hora en la semana) y de cualquier tipo (costura, clases particulares, etcétera) incluso los considerados como chapuzas?”³. Así pues, ¿de qué hablamos cuando hablamos hoy de “empleo”?

3. De la estabilidad a la precariedad

Durante las décadas Ochenta y Noventa se han producido cambios fundamentales en la gestión empresarial de los recursos humanos, cambios que han tenido como consecuencia la modificación y, en algunos casos, la ruptura, de la norma social de empleo que históricamente ha servido como elemento básico de integración social: un empleo estable y regulado, continuo y prolongado a lo largo de toda la vida activa hasta configurar una carrera profesional. En concreto, a lo largo del siglo XX pueden distinguirse claramente dos perspectivas normativas sobre el empleo cuya principal característica ha sido así resumida: si en la década de los sesenta la norma apuntaba a la estabilidad, en los noventa la tendencia es hacia la precarización.

3 Pregunta 120 del cuestionario para la elaboración de la Encuesta de Población en Relación con la Actividad (EPRA), con la que se estudia el mercado de trabajo en la C.A. de Euskadi.

Paralelamente a la extensión de los sistemas de producción *just in time*, la producción por encargo y sin caros almacenes de existencias, crece el contingente de *just in time workers*, trabajadores que, como nuevos jornaleros, sólo acuden a las empresas por los limitados períodos de tiempo en que sean necesarios para responder a las exigencias de la producción al menor coste: unos meses, unas semanas, unos días, unas horas incluso, como –por poner un ejemplo– se anunciaba en *El País*:

“El presidente de Seat, Andreas Schleeef, calificó ayer de “restrictiva” la normativa laboral española y propuso la introducción de un nuevo contrato laboral temporal para el sector de la automoción cuya duración se vincule a la vida útil de los modelos, que oscila entre los cinco y los seis años” (*El País*, 22 de abril de 2006).

Hoy, salir del paro no significa necesariamente salir del espacio de la precarización vital. Más bien al contrario. El desempleo empieza a formar parte de una zona gris, de un territorio de vulnerabilidad laboral y vital, de manera que se sale del desempleo con relativa facilidad, pero sólo para volver a la misma situación al cabo de un tiempo tras pasar por alguno o algunos de los empleos precarios que, de manera creciente, caracterizan la nueva norma social de empleo instaurada a partir de los años Noventa y que ha supuesto el paso de la estabilidad a la precarización.

De ahí que la Organización Internacional del Trabajo considere imprescindible actualizar el concepto de pleno empleo, introduciendo en su caracterización elementos indicativos de lo que constituye un puesto de trabajo aceptable: un trabajo productivo en el que se protegen los derechos, lo cual significa que se perciben ingresos adecuados con una protección social apropiada. El Convenio núm. 122/1996 de la OIT habla de “*pleno empleo productivo y libremente elegido*, y no simplemente de pleno empleo. En 1999 la OIT ha profundizado en esta cuestión a través de una Memoria del Director General titulada, precisamente, *Trabajo decente*, en la que se afirma lo siguiente: “La OIT milita por un trabajo decente. No se trata simplemente de

crear puestos de trabajo, sino que han de ser de una calidad aceptable. No cabe disociar la cantidad del empleo de su calidad”.

¿Por qué este énfasis en el contenido del empleo? Porque la OIT ha constatado que durante toda la década de los Noventa una palabra clave ha sido *inseguridad*: no sólo en los países en desarrollo, donde la inmensa mayoría de la población ha vivido y vive en una situación crónica de inseguridad, también en los países desarrollados muchas personas viven preocupadas e inseguras de sus derechos en el trabajo y en la sociedad, sintiéndose expuestas a una evolución económica y social

que parece haber escapado a su control y que Carnoy y Castells han caracterizado así en su informe para la OCDE sobre el futuro del trabajo, la familia y la sociedad en la Era de la Información: “Lo que emerge de nuestro análisis es la visión de una economía extraordinariamente dinámica, flexible y productiva, junto con una sociedad inestable y frágil, y una creciente inseguridad individual”.

No se trata de crear
puestos de trabajo
sino que han de ser
de calidad aceptable

De ahí que en la literatura sociológica se hable de la “sudafricanización” (Gorz) o de la “brasileñización de occidente” (Beck); por su parte, Gallino concluye su análisis sobre la informalización del trabajo en los países desarrollados afirmando que la *surización del Norte* parece estar avanzando. Lo precario, lo discontinuo, lo informal, características todas ellas del llamado Tercer Mundo, están irrumpiendo en el mundo occidental. En el marco de una creciente *economía política de la inseguridad*, “la inseguridad endémica será el rasgo distintivo que caracterice en el futuro el modo de vida de la mayoría de los humanos” (Beck).

¿Puede alguien extrañarse entonces de que cada vez proliferen más en nuestras sociedades los *pobres con trabajo*? Personas ocupadas, sí, pero en unas condiciones que no les permite supe-

rar el umbral de la exclusión, característicos del modelo laboral estadounidense (*working poors*) y hasta hace relativamente poco inconcebibles en Europa, donde estar ocupado y ser pobre era una contradicción. Este fenómeno indica que la otrora clara frontera entre trabajo y exclusión se ha convertido en una frontera porosa: hoy es posible trabajar y, al tiempo, encontrarse en situación de exclusión leve o moderada.

El sistema actual no puede asegurar un empleo decente a todas las personas que concurren al mercado de trabajo. Como mucho, se nos promete todo tipo de ayudas para situarnos mejor en la competencia por el empleo, lo que es ya una manera de reconocer la imposibilidad estructural de que todas las personas accedan a un empleo con derechos. Pero al asociar ingresos y empleo está reduciendo en la práctica el derecho humano fundamental a llevar una vida digna, sin humillaciones, sólo a aquellas personas que pueden contar con un empleo que les reporte ingresos suficientes y estables. Hay que decirlo con toda claridad: la promesa universalista de que todas las personas alcanzaremos nuestro máximo desarrollo en la medida en que nos sometamos a las exigencias del mercado ha demostrado ser, al margen de la intención de sus promotores, una falacia.

La crisis de la sociedad salarial ha convertido en realidad cotidiana aquella que Hannah Arendt considerara la peor de las situaciones que cabría imaginar: la perspectiva de una sociedad de trabajo sin trabajo. Los trabajadores sin trabajo o con trabajo precario se convierten así en ciudadanos sin ciudadanía o en ciudadanos precarios.

4. Un tiempo de biografías rotas

Una mujer de 38 años, médico, trabaja desde hace nueve años como anestesista interina en un gran hospital público de Madrid. Como tantas otras mujeres, había retrasado su maternidad a la espera de consolidar su puesto de trabajo porque, como ella misma señala, “estando de interina siempre tienes miedo a perder el trabajo por quedarte embarazada”. Harta de esperar, final-

mente decide tener su primer hijo. En efecto, queda embarazada y en su momento el ginecólogo la informa de que la fecha prevista para el parto era la del 26 de octubre. Pero hete aquí que la fecha probable para salir de cuentas venía a coincidir con la fecha propuesta por el Ministerio de Sanidad para convocar la primera Oferta de Empleo Público en casi quince años, cuya primera prueba se celebró el domingo día 27 de octubre. Podemos imaginarnos perfectamente la angustia de esa mujer perpleja e indefensa al ver cómo sus dos ilusiones, la maternidad y la consolidación de su empleo, entran en conflicto. El decreto de oferta pública especial de empleo no contempla la posibilidad de habilitar nuevas convocatorias en otras fechas. ¿Qué hacer? ¿Arriesgarse a no poder hacer el examen por coincidir con alguna de las fases del parto, perdiendo así tal vez toda posibilidad de acceder a un empleo estable? La solución: adelantar artificialmente el parto una quincena de días recurriendo a una cesárea (*El País*, 21-10-2002). ¿Se trata de una simple anécdota? ¿Es tan sólo un caso extremo? Creo que no.

Tradicionalmente la actividad laboral ha servido para contribuir a dar coherencia a nuestras biografías. La historia de trabajo de la mayoría de las personas era, hasta no hace mucho tiempo, absolutamente lineal: aunque se cambiara de actividad, incluso aunque se cambiara de empresa, los logros eran siempre acumulativos. De hecho, todos los cambios se explicaban, precisamente, por lo hecho hasta ese momento. Con el paso del tiempo se iba ganando en experiencia y era esta experiencia ganada la que servía para construir una escala ascendente por la que el trabajador avanzaba a lo largo de su vida laboral. Por eso entrevistar a un trabajador mayor de 50 años e invitarle a contarnos su historia nos permite construir un relato coherente de su trayectoria profesional, a la manera de las grandes narraciones clásicas: con un comienzo, un desarrollo y un final claramente entrelazados. Hoy esto es algo que empieza a resultar imposible. Para la mayoría de los trabajadores actuales su historia laboral se asemeja más a un pequeño relato posmoderno, construido con pinceladas aparentemente inconexas: una sucesión de empleos

nula o escasamente relacionados entre sí, de manera que no es fácil valorar si el cambio de empleo supone una mejora o no más allá de lo inmediato, ya que no es posible establecer un proyecto a largo plazo. Esto es algo especialmente evidente en el caso de los jóvenes.

Valgan como ejemplo algunas de las entrevistas mantenidas en el transcurso de una investigación dirigida por quien les habla⁴. A pesar de su juventud, el relato de su recorrido por el mercado de trabajo dibuja una biografía laboral fragmentada, un relato espasmódico, en el que llama sobremanera la atención la cantidad y variedad de actividades desarrolladas, así como la nula conexión entre estas:

“Hice un curso ocupacional y después del curso ocupacional, que era de zapatería y de artículos de camping, pues hice prácticas de empresa [que] me sirvieron para coger un poco de experiencia, pero allí no hacían contratos ni nada, ni querían gente. Repartí currículos por todo el gremio de toldos y zapatería y no recibí respuesta. También eran años malos, era sobre el ochenta y algo, años malos que había poco trabajo. Estuve vendiendo seguros y fui a la mili. Volví en verano y fui a trabajar [en la empresa donde] había hecho las prácticas de los toldos, pero sin contrato ni nada. Estuve tres meses y después comencé a trabajar en la Naval de Sestao. Le comentaron a mi padre que necesitaban gente y estuve allí un año y pico, hasta que cerraron los diques de reparación. Luego estuve una temporada yendo a Santander. Y luego estuve en Erandio haciendo cabinas de pintura... en unas condiciones que hoy en día no las aceptaría de ninguna forma. Lo único bueno era que tenía dinero, vivía en casa de mis padres y con ese dinero me valía. Allí estuve tres años, me echaron a mí y a otros quince compañeros porque era la manera de no hacer fijos, nos fueron echando a plazos, metiendo gente para que aprendiese el trabajo... Ese mismo año fue el año que yo había comprado el piso. Estuve echando solicitudes, haciendo entrevistas para cursos del paro, de Langai, por todos sitios. Y no

4 I. Alonso de Armiño, I. Gómez, G. Moreno e I. Zubero: “Precariedad laboral, precariedad vital”. Un amplio informe sobre la misma se ha publicado en la revista *Inguruak*, nº 32, 2002.

hubo forma de hacer ningún cursillo. En unos estaba muy formado, en otros no tenía la formación necesaria y en otros había mucha gente. Comencé a trabajar de nuevo en un par de cosas. Estuve en montaje de estructuras un año o así, pero tuve que dejarlo porque empecé a sufrir de vértigo. Tuve un par de experiencias con ETTs bastante malas y decidí que había que buscar la forma de hacer algún curso. Hice un curso [de máquina-herramienta] en el cual nos aseguraban un 70 por ciento la colocación, aseguradas las prácticas y tal. Las prácticas se cayeron abajo, en un sitio decían que era muy mayor para hacer prácticas y en otro sitio lo que querían era un tío para darle a un botón a una máquina ocho horas y no pagarle un duro durante tres meses. Luego me saqué el FP I de auxiliar técnico ajustador, al año siguiente me saqué el de auxiliar técnico forestal. Ahora me he apuntado a un grado medio a distancia... Y ahora mismo trabajo equipando furgonetas, tanto para camping, oficina, lo que sea..." (E 23: Fidel. Tiene 28 años en el momento de la entrevista. Su piso está expropiado).

Es sólo un ejemplo especialmente significativo, pero no es excepcional. Son minoría aquellos que pueden relatar una trayectoria laboral dotada de una mínima coherencia. La biografía laboral de casi todos presenta la misma dislocación. Así, Patxi (E 20), tras finalizar sus estudios de Económicas, ha sido camarero en una cervecería, comercial de una empresa dedicada al reciclaje de cartuchos de impresora, pinche en una empresa de tubos de aluminio o comercial en una editorial de libros de texto. Olga (E 26), licenciada en Geología, ha trabajado como encuestadora y teleoperadora para varias empresas, a la vez que continuaba estudiando gemología. Imanol (E 13) estudió Ciencias Políticas y ha trabajado como cuidador de autobús escolar, cuidador de comedor, entrenador de futbito, camarero en un bar, conductor de una camioneta de transporte de trabajadores, a la vez que prepara una oposición para la Administración Vasca. Jorge (E 9) está finalizando la carrera de Geografía y ha trabajado como socorrista, repartidor de colonias, cargando y descargando cajas o como auxiliar en una oficina. Jon (E 3), que ha terminado FP I de electrónica y se encuentra cursando un módulo

de grado medio, caracteriza su experiencia laboral como una sucesión de *“cosillas sueltas [...] desde descargar camiones, seguridad en conciertos, buzoneos, en un videoclub, así, cosas varias, con contrato sólo en el videoclub”*. En el momento de la entrevista se encontraba trabajando como encuestador para el Censo de Población. Juan (E 19), que ha estudiado FP II y Educación Social, nos presenta igualmente un inacabable listado de las más variadas ocupaciones: *“He trabajado en muchas cosas, desde echar propaganda, sin contrato ni nada, hasta,*

Son minoría aquellos que pueden relatar una trayectoria laboral de mínima coherencia

bueno, he estado de auxiliar sanitario en una residencia de ancianos durante nueve meses, durante año y medio de pica en Euskotren, luego también he estado seis meses en

una tienda de ropa, he hecho labores administrativas en algunas empresas en sustituciones en vacaciones y, luego, ya pequeñas cosas, dar clases y cosas que van saliendo, por una ETT currar un día en una fundición, cosas así”.

Son pocos los empleos en los que exista un sistema normalizado de progresión mediante la acumulación de experiencia y de méritos profesionales, lo que permite hacer inversiones de futuro postergando la gratificación por el trabajo realizado en cada momento. En la mayoría de los empleos la fragmentación, la discontinuidad y la incertidumbre son las que dominan. Y con ellas irrumpe en la vida del trabajador la más profunda y persistente incomodidad, perturbando gravemente su actividad y, lo que es peor, su vida misma.

Así, pues, como ya dijimos, para la mayoría de los trabajadores actuales su historia laboral se asemeja más a un pequeño relato posmoderno, construido con pinceladas aparentemente inconexas. Esto es algo que afecta, especialmente, a los jóvenes. Se genera así una situación de pobreza encubierta, que no aflo-

ra exclusivamente porque muchas personas se ven obligadas a mantenerse en una posición de *inserción limitada*: hay personas, muchas, que si en el momento actual no son consideradas pobres es, sencillamente, porque están postergando decisiones tan fundamentales como la de independizarse de sus hogares familiares, emparejarse o tener hijos; si tomaran alguna de estas decisiones, caerían inevitablemente por debajo del umbral de la pobreza.

Y es que, ¿cómo es posible ser pobre cuando se está creando tanto empleo? Se extiende así la idea del pobre como víctima, sí, pero víctima de sí mismo (de sus adicciones, de su amoralidad, de su estulticia) o de sus circunstancias (de su entorno familiar, de su fracaso escolar). La falta de trabajo y de dinero no es la causa, sino la consecuencia del modo de vida de esta nueva clase de marginados.

5. La globalización como disculpa

¿Quién fue el asesino del pacto social de posguerra? ¿Cómo y por qué se produjo el actual divorcio entre capitalismo y régimen de bienestar? Un capitalismo del bienestar que hoy recordamos –con una nostalgia que contribuye a velar algunos de sus aspectos menos luminosos– como un orden social tan fructífero “porque logró unir la ciudadanía social, el pleno empleo, la educación masiva y unos sistemas de relaciones industriales que funcionaban bien” (Esping-Andersen). Todo parece indicar que contamos con un culpable a quien acusar: la globalización. Elemental, mi querido Watson... ¿o no?

Hay que reconocer que la globalización –o mundialización, como se denomina en los ámbitos de reflexión francófonos– tiene todas las papeletas para convertirse en el villano de esta historia. Al fin y al cabo, incluso los movimientos actualmente más activos a favor de todo tipo de buenas causas –desde la defensa de la naturaleza hasta la lucha contra esclavitud, pasando por la denuncia de la guerra o la acción humanitaria sobre el terreno y sin fronteras– vienen siendo reconocidos bajo la etiqueta de movimientos *anti-globalización*. Cuando todos señalan

en la misma dirección, por algo será. Pero las cosas son más complejas.

El reconocido académico e investigador David Harvey ha propuesto en una de sus últimas obras una interpretación del proceso que dio al traste con el compromiso de clase sobre el que se alzaron las distintas experiencias de *capitalismo del bienestar* desarrolladas no sólo en Europa, sino también en Japón e incluso en Estados Unidos, y cuyo paradigma fue el modelo escandinavo: el periodo que se inicia desde finales de los Setenta, que hemos denominado como neoliberalismo, ha sido fundamentalmente un proyecto destinado a restaurar el poder de la clase capitalista. La adopción militante de la doctrina monetarista, la decidida confrontación contra los sindicatos de clase impulsada por los gobiernos de Thatcher y Reagan, la invención del ajuste estructural, aplicado por primera vez a Méjico entre 1982-1984, el reciclado de los nuevos y flamantes petrodólares que desbordaban las arcas de los países del Golfo en los fondos de inversión norteamericanos, etcétera; éstas y otras medidas —cuya eficacia para revitalizar la economía fue muy limitada en los primeros años— sirvieron para convertir al mercado en vehículo para la consolidación de un nuevo poder de clase. Un poder de clase cada vez más fundado no tanto en las prácticas características de la clásica acumulación de capital, sino en nuevas formas de *acumulación por desposesión* basada en la aplicación inmisericorde de toda suerte de medidas de privatización y de liberalización. Aunque resulte un tanto extenso, merece la pena citar a Harvey describiendo con minuciosidad esta renovada, que no nueva, estrategia de acumulación:

“La gran oleada de financiarización iniciada en torno a 1973 ha sido igualmente espectacular en cuanto a su carácter especulativo y depredador. Las promociones fraudulentas de títulos, los esquemas piramidales de Ponzi, la destrucción deliberada de activos mediante la inflación y su volatilización por mor de fusiones y absorciones, y el fomento de niveles de endeudamiento que reducen a poblaciones enteras, hasta en los países capitalistas avanzados, a la servidumbre por deu-

das, por no decir nada de los fraudes empresariales y la desposesión de activos (el saqueo de los fondos de pensiones y su quebranto en los colapsos bursátiles y empresariales) mediante la manipulación del crédito y las cotizaciones, son todos ellos rasgos intrínsecos del capitalismo contemporáneo. El colapso de Enron desposeyó a muchos trabajadores de su medio de vida y su derecho a una pensión; pero ha sido sobre todo el asalto especulativo llevado a cabo por los *hedge funds* y otras instituciones destacadas del capital financiero el que se ha llevado la palma de la acumulación por desposesión en los últimos tiempos”.

Cuando Harvey cita los esquemas piramidales de Ponzi se está refiriendo a esos sistemas de inversión que prometen altos réditos sin que en realidad exista un negocio real detrás que los sustente, sino que esos réditos son extraídos de las aportaciones realizadas por los posteriores inversores. En el momento que el flujo de inversores disminuye, resulta imposible seguir pagando intereses ni devolver el dinero invertido y todo el sistema se viene abajo. ¿No nos recuerda todo esto al aún reciente caso de Forum-Afinsa? En cuanto a los *hedge funds* o fondos de cobertura, se trata de fondos especulativos de inversión libre que invierten mediante un alto endeudamiento sobre el capital, destacando entre ellos los que se especializan en divisas. No están regulados, por lo que las autoridades financieras carecen de control sobre ellos, y se dirigen siempre hacia donde hay volatilidad y movimiento con el fin de obtener rentabilidad en poco tiempo. Un artículo sobre estos fondos los describía así: “Su gran poder reside en la ausencia total de limitaciones y en que invierten muy por encima de su patrimonio. Así, es normal que los *hedge funds* estén apalancados (invertidos) tres, cuatro, ocho o diez veces por encima de su patrimonio. Precisamente, por invertir muy por encima de sus posibilidades se les denomina fondos de alto riesgo. Long Term Capital Management (LTCM), el *hedge funds* que protagonizó hace unos años la mayor quiebra de la historia del sector, en plena crisis asiática, tenía un capital apalancado 50 veces superior que su patrimonio disponible. Perdió casi 4.000 millones de euros. Se mueven a corto plazo, muchas

veces en el mismo día, con grandes cantidades de dinero y posiciones muy agresivas”.

Estos fondos, constituidos en muchos casos a partir de planes de pensiones, vienen acumulando fortísimas pérdidas desde hace dos años. Pero Harvey continua la relación de prácticas de acumulación por desposesión:

“También se han creado nuevos mecanismos de acumulación por desposesión. La insistencia en los derechos de propiedad intelectual en las negociaciones de la OMC (el llamado acuerdo TRIPS) indica cómo se pueden emplear ahora las patentes y licencias de material genético, plasma de semillas y muchos otros productos contra poblaciones enteras cuyas prácticas han desempeñado un papel decisivo en el desarrollo de esos materiales. Crece la biopiratería y el pillaje de la reserva mundial de recursos genéticos en beneficio de media docena de grandes empresas farmacéuticas. La mercantilización de la naturaleza en todas sus formas conlleva una escalada en la merma de los bienes hasta ahora comunes que constituyen nuestro entorno global (tierra, agua, aire) y una creciente degradación del hábitat, bloqueando cualquier forma de producción agrícola que no sea intensiva en capital. La mercantilización de diversas expresiones culturales, de la historia y de la creatividad intelectual conlleva desposesiones integrales (la industria de la música descuella como ejemplo de la apropiación y la explotación de la cultura y creatividad populares). La empresarización y privatización de instituciones hasta ahora públicas (como las universidades) por no mencionar la oleada de privatizaciones del agua y otros bienes públicos de todo tipo que recorre el mundo, supone una reedición a escala gigantesca del cercado de las tierras comunales en la Europa de los siglos XV y XVI. Como entonces, se vuelve a utilizar el poder del Estado para impulsar estos procesos contra la voluntad popular. El desmantelamiento de los marcos reguladores destinados a proteger a los trabajadores y al medio ambiente de la degradación ha supuesto la pérdida de derechos duramente alcanzados. La cesión al dominio privado de los derechos de propiedad comunales obtenidos tras largos años de encarnizada lucha de clases (el derecho a una pensión pública, al bienestar, a la sanidad pública nacional) ha sido

una de las fechorías más sobresalientes de los planes de desposesión emprendidos en nombre de la ortodoxia neoliberal”.

Hablamos de una estrategia de acumulación renovada y no nueva, pues en esto, como en otros aspectos, el capitalismo globalitario no hace sino recuperar viejas prácticas de apropiación. Harvey se refiere a una de ellas, el cercamiento de tierras comunales que desde el siglo XIV en Gran Bretaña impulsaron muchos grandes señores desalojando a sus arrendatarios y vallando grandes extensiones de terreno dedicado, a partir de ese momento, a la explotación privada. La misma fue tanto un ejercicio de fuerza como de

Hoy día es creciente la presión del capitalismo global sobre los regímenes democráticos

reconstrucción de la legalidad: las primeras ocupaciones fueron posteriormente permitidas, impulsadas y protegidas por medio de diversas leyes (*Enclosure Acts*) promulgadas por el Parlamento a partir de

1709. La abolición consiguiente de los derechos tradicionales de paso, de pasto y de rastrojo obligó a grandes masas de campesinos a abandonar sus tierras y sus actividades tradicionales. Esta práctica, conocida entre los historiadores como *enclosures* y ampliamente estudiada permitió un proceso de acumulación y de formación de capitales que está en la base de la posterior Revolución industrial.

Lo que ocurre con la apropiación privada de bienes comunes o públicos ocurre también con el trabajo. El modelo de gestión de la producción ligera basado en el *just-in-time* ha hecho surgir un nuevo tipo de trabajador industrial que, paradójicamente, se parece más a un extendido tipo de trabajador pre-industrial que a otros tipos de trabajadores industriales que le han antecedido: se trata del *just-in-time-worker*, del trabajador temporal, precarizado o, en el otro extremo pero según la misma lógica, el trabajador de las horas extras; en uno y otro caso, un trabajador

cuyo tiempo está totalmente disponible para quien lo pague: en definitiva, un temporero.

Finalmente y de la mano de la producción ligera no estamos tan lejos de prácticas como las decimonónicas del *time cribbing* (tiempo hurtado, es decir, el mantenimiento de la maquinaria fuera de las horas del trabajo) o el *speed up* (aceleración de la producción) con objeto de incrementar la plusvalía empresarial, estudiadas por los historiadores sociales. La historia se repite, la primera vez como tragedia y la segunda... también. Con una diferencia sustancial: que si en aquellos lejanos siglos la apropiación privada de bienes comunales como las tierras y los bosques generó rápidamente un extraordinariamente rico y variado ideario radical popular y un poderoso movimiento de oposición, en la actualidad tal ideario y tal movimiento se encuentran aún en proceso de gestación.

El caso es que a partir de los Ochenta y con el objetivo de “liberar la acumulación de todas las trabas que le impuso la democracia” (Przeworski), un agresivo y ambicioso contraproyecto neoliberal de recuperación del poder de clase está en trance de hacer naufragar el proyecto histórico de la ciudadanía moderna. Como consecuencia hoy vivimos en sistemas que Colin Crouch denomina *posdemocracias*: por supuesto existen elecciones periódicas como consecuencia de las cuales se producen cambios en los gobiernos, pero en estas sociedades la participación ciudadana y el debate público se reduce cada vez más a un estrecho abanico de temas, estando tanto la agenda política como, sobre todo, la gestión política, controladas por un reducido colectivo de políticos profesionales y de sus equipos de asesores. En el contexto de una posdemocracia, el poder de los grupos de presión empresariales, en particular el de las empresas globales, es cada vez más importante. Por su parte, Jean-Paul Fitoussi reflexiona sobre lo que denomina el *retroceso “pacífico” de la democracia* como consecuencia de la creciente presión a la que se ven sometidos los regímenes democráticos por parte de las exigencias del capitalismo global: “La tutela de los mercados, el endurecimiento de la coerción que se impone a los

gobiernos nacionales, la reducción de sus pretensiones redistributivas, son otros tantos elementos que vienen a modificar el sistema equitativo de nuestras sociedades, por un retorno a los principios teóricos y por una desaparición progresiva del terreno democrático”.

En opinión de Crouch, una causa fundamental del declive democrático en la política contemporánea es “el importante desequilibrio que actualmente se produce entre los intereses empresariales y los de prácticamente todo el resto de los grupos”. El destacado economista Paul Krugman publicaba en *The New York Times* el 20 de octubre de 2002 un largo artículo titulado “The Class Wars” en el que, tras afirmar argumentadamente que los Estados Unidos han vuelto a las desigualdades de los años veinte en la distribución de la riqueza, advertía del riesgo de que la democracia sufra, por esta razón, una grave pérdida de calidad, hasta convertirse, en la práctica, en poco más que un régimen plutocrático: “Es fácil imaginar —dice Krugman— que podemos convertirnos en un país en el que las grandes recompensas están reservadas para quienes tienen las conexiones adecuadas; en el que la gente corriente tiene escasas expectativas de progreso; en el que el compromiso político carece de sentido, porque al final son los intereses de la élite los que resultan satisfechos”.

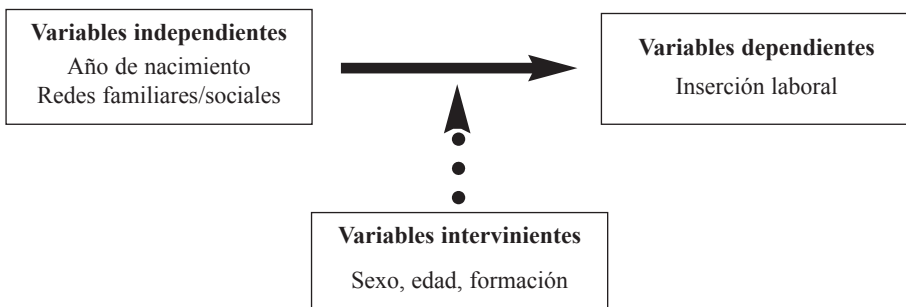
Esto, que casi nunca aparece en los numerosos estudios o noticias sobre la globalización, es lo más relevante: la generación de unas posibilidades casi ilimitadas para el ejercicio de la *desresponsabilización*, nueva fuente de poder. Aunque las características clásicas del poder siguen vigentes, en la actualidad emerge una nueva forma de poder basado menos en la capacidad de controlar (espacios y personas, básicamente) que en la capacidad de emanciparse de cualquier control desresponsabilizándose de la gestión de los espacios y las sociedades; un poder que reside menos en la capacidad de obligar que en la de no sentirse obligado.

Tenemos un excelente ejemplo de todo esto en la vecina Francia. El semanario *Le Nouvel Observateur* publicó en su últi-

mo número de noviembre de 2005 un dossier sobre “los nuevos aristócratas del capitalismo”, los grandes directivos de empresas multinacionales de matriz francesa. En su introducción, decía lo siguiente: “Los suburbios (*banlieues*) arden, el CAC 40 sube... Todo esto dicho. Raramente una élite económica ha estado tan desconectada de la cultura de su país. Para estos *aristocacs* la única cosa que importa es el mundo”. El CAC 40 es el índice de la Bolsa de París que agrupa a los 40 valores principales de ese mercado; similar al IBEX 35 español. El artículo juega con la palabra “aristocacs” refiriéndose a los directivos de esas compañías, una nueva aristocracia global que ve crecer sus beneficios justo al mismo tiempo en que los barrios más deprimidos de las ciudades francesas se enfrentaban a niveles de conflictividad nunca antes vistos.

7. ¿Una vuelta a las condiciones sociales del Antiguo Régimen?

Si hoy en día pensamos en cuáles son las variables que mejor pueden explicar las probabilidades de que se disfrute de una exitosa inserción laboral, junto a muchas variables intervinientes (que influyen, pero no modifican la relación de causalidad), encontraremos dos variables independientes fundamentales: a) el año de nacimiento; y b) la inclusión en un entramado de redes familiares y sociales potente.



¿Por qué doy importancia al año de nacimiento? Recordemos lo comentado a partir del texto de Geertz. O atendamos a lo que señalaba en un interesante reportaje Luis Garrido, catedrático de Sociología de la UNED:

“Cuando yo, que nací en 1956, estudiaba, sólo el 10% de los jóvenes, la inmensa mayoría chicos, conseguía una licenciatura universitaria. Está claro que ese 10% copó los puestos de élite de esta generación, la del 68, que arrasó. Y que mis coetáneos vimos que estudiando en la Universidad se llegaba lejos y se lo transmitió a sus hijos.

A partir de los ochenta, el porcentaje de estudiantes universitarios se multiplicó, sobrepasando el 30% y sumando a las mujeres, que se incorporaron de forma masiva. Se produjo un vuelco educativo tremendo, incomparable a cualquier otro país europeo. Y no ha habido puestos buenos para todos. Por mucho que queramos, no hay. Y se ha creado un número indeterminado de jóvenes frustrados, con una larga trayectoria estudiantil, que no ha rendido, que no ha ganado lo suficiente...” (*El País*, 23-10-2005).

Nada de lo que en estos momentos se dice sobre las vías para acceder al empleo puede aplicarse a las carreras laborales de quienes hemos nacido antes de 1965.

¿Y las redes? Refiriéndose al caso de los Estados Unidos, Paul Krugman denuncia la creciente consolidación en ese país de un fenómeno alarmante: “el regreso a la posición social heredada”. Frente al mito ampliamente extendido de la movilidad social norteamericana (eso de que un humilde portero puede llegar a ser presidente de los Estados Unidos), resulta que ese país se caracteriza por tener una distribución de rentas más estática a lo largo de las generaciones y, por lo tanto, menos oportunidades para progresar, que ningún otro país desarrollado. Las fortunas conseguidas muchos años atrás (“a partir de la explotación o el robo de terceros” apuntilla Krugman) siguen siendo fundamentales para explicar una estructura social enormemente desigual. A la vez que la vía fundamental para la movilidad social ascendente –un buen sistema educativo de acceso universal– ha ido deteriorándose, las posibilidades para la transmisión de privilegios no ha hecho más que reforzarse. ¿Cómo? Mediante la derogación del

impuesto de sucesiones, por ejemplo. O mediante redes de influencia, enchufe y cooptación que acaban por configurar auténticas castas económicas, políticas y hasta culturales, en las que los hijos afortunados heredan la posición social de sus padres, más allá de toda prueba de capacidad o mérito. Como señala Krugman: “Hace treinta años, el ejecutivo jefe de una gran compañía era un burócrata con un buen sueldo, pero no un rico auténtico. No podía legar a sus herederos ni su posición ni una gran fortuna. Los imperiales ejecutivos jefe de hoy, por el contrario, dejarán grandes herencias tras de sí y, además, a menudo también están en situación de conseguirles a sus hijos algún empleo lucrativo”. De ahí la fina ironía con la que Krugman resume su planteamiento: “Estados Unidos es, como todos sabemos, la tierra de las oportunidades. El éxito de una persona depende de su propia capacidad y de su empuje, no de lo que fue su padre. No tiene más que preguntárselo a los hermanos Bush”.

En definitiva, “las tendencias políticas, sociales y económicas otorgarán a los hijos de los que hoy son ricos una inmensa ventaja sobre los que han elegido mal a sus padres”. *Class matters*, “la clase importa”. Lo desvela un excelente trabajo de investigación impulsado en 2005 por *The New York Times*. Como en los tiempos en los que la herencia constituía el hecho dominante en las vidas de las personas, las *posiciones* vuelven a ser *posesiones* (Sennett).

¿Qué queda, en estas circunstancias, del discurso igualitario, central en nuestras sociedades democráticas?

8. ¿Qué hacer?

Vivimos una realidad que se caracteriza por el incremento de las situaciones de vulnerabilidad personal y social. En estas condiciones la política social tradicional, paliativa y pensada para responder a necesidades extraordinarias y circunscritas a sectores concretos de la población, muestra su fragilidad. Lo que necesitamos es una nueva *red preventiva universal* apropiada a unos tiempos de flexibilidad económica, de manera que esta fle-

xibilidad no suponga precariedad vital. Una política social para el futuro debe ser capaz de asumir y responder a la quiebra de la norma social de empleo y a la correspondiente aparición de cada vez más situaciones de precariedad laboral y vital. Debe ser, por tanto, una política integral, a la altura de los retos estructurales que hoy tiene planteados nuestra sociedad. Y debe ser, también, una política sostenible, que integre el reto de conciliar el bienestar en nuestra sociedad con la solidaridad internacional y el respeto al medio ambiente.

Ampliar el concepto de trabajo

Sin duda nos hallamos ante un asunto cuya importancia radica en que sus raíces se hallan en la línea de fractura del modelo económico y social hasta el momento vigente. El desempleo sólo encontrará solución utilizando un modo de pensar distinto del que es dominante en el sistema actual. Lo mismo cabe decir del conjunto de problemáticas asociadas a la transformación de la norma social del empleo: seguridad social, exclusión, cohesión social, etcétera. Estamos ante un problema que implica una *discontinuidad*, una ruptura, en la evolución de nuestra sociedad. En la medida en que estamos ante una situación totalmente nueva, las soluciones tradicionales producto de un modo de pensar tradicional, van a mostrarse del todo inadecuadas para facilitar una respuesta satisfactoria a los intereses sociales en juego.

En su estudio sobre los fundamentos sociales de las economías postindustriales Esping-Andersen considera que el *caballo de Troya* que se ha infiltrado en los sistemas de bienestar europeos está constituido por la tríada siguiente: “El envejecimiento de la población, unas familias inestables y una grave disyuntiva entre bienestar y puestos de trabajo, igualdad y pleno empleo”. Mercado de trabajo, estado de bienestar y familia deben ser, en su opinión, las tres patas sobre las que han de asentarse, también en el futuro, las sociedades democráticas. Para ello es preciso encontrar la manera de crear las condiciones sociales, económicas y políticas que permitan la optimización de cada una de esas esferas, teniendo en cuenta que:

- a) El *mercado de trabajo* aspira a una mayor flexibilidad.
- b) El *estado de bienestar* precisa reforzar su base impositiva, para lo cual es preciso un nuevo régimen de fecundidad que compense el envejecimiento y un mayor número de personas con empleos bien remunerados (o, lo que es lo mismo, un menor número de personas dependientes de subsidios sociales).
- c) Las *familias* necesitan, sobre todo, buenos empleos, buenos ingresos y buenos servicios públicos.

Si de verdad se va a hacer una apuesta por sistemas de producción flexibles es imprescindible, como se plantea en el informe para la OCDE del mismo título al que ya nos hemos referido, poner las bases para una *flexibilidad sostenible*. Ésta es la única alternativa a la precarización de los empleos y de las vidas de cada vez más personas. Es urgente combatir todos aquellos procesos que transforman la flexibilidad del empleo en precariedad vital.

Para ello es preciso, en primer lugar, un gran acuerdo social a favor del derecho al trabajo con derechos. Lo cual sólo será posible si repensamos nuestras ideas sobre el trabajo, en la línea planteada por diversas instituciones y analistas:

- ◆ Desde esta perspectiva ampliada, podemos fijarnos en las propuestas que hacen Liedtke y Giarini en su Informe al Club de Roma, donde defienden un *sistema de trabajo multiestratificado*, de manera que se reconozcan tres estratos diferenciados de actividades productivas: el primero, un trabajo remunerado equivalente a lo que puede ser el tiempo de trabajo básico, es decir, unas 20 horas semanales o unas 1.000 horas anuales, garantizado para todas las personas capaces mediante la intervención pública; el segundo, el trabajo remunerado desarrollado en condiciones de mercado; el tercero, las actividades de autoproducción, así como las voluntarias no remuneradas.
- ◆ En una línea parecida, Bouffartigue ha propuesto la creación de un mecanismo de *contratos de actividad* que ligen a cada persona a una red de empresarios privados o públicos, asociaciones y organismos de formación, de manera que cada individuo recibiría una renta en la medida en que participe de

las actividades de esa red, actividades que hoy pueden ser laborales, sociales mañana o formativas pasado mañana.

- ◆ Algo similar es planteado por Carnoy y Castells para la OCDE: para hacer frente al incremento del riesgo que amenaza a todos los trabajadores en la nueva economía informacional, proponen organizar *redes que configuren itinerarios* en torno a la educación, la formación profesional y la información.
- ◆ Lo mismo que el Informe Supiot para la Unión Europea cuando propone la definición de un *estado profesional* “que acompañara a las personas desde la cuna a la tumba, cubriendo tanto los períodos de inactividad propiamente dichos como los períodos de formación, de empleo, de trabajo autónomo o de trabajo fuera del mercado”.
- ◆ Algo de esto es lo que Beck ha denominado la *Europa del trabajo cívico*: una nueva Europa construida a partir del reconocimiento para todas las personas del “derecho al trabajo discontinuo que permita a las mujeres y a los hombres cambiar entre los distintos campos de actividad (trabajo convencional, trabajo doméstico, trabajo cívico) según su propia discreción”, sin que tales cambios —añado yo— suponga merma alguna en las posibilidades de cada persona de llevar una vida digna.

En este sentido, resulta especialmente sugerente la propuesta realizada por Jordi Garcés de promover una forma de organización de servicios sociales a la que denomina *Empresa Social Comprometida*, cuyas características básicas serían: la eficiencia económica y social; un pequeño tamaño; una estructura que permita la cooperación en red, creando vínculos territoriales amplios; un apoyo en las raíces de la comunidad local. Este tipo de organizaciones asentadas en valores comunitarios, precisan de la discriminación positiva de las instituciones representantes de la sociedad, para poder desarrollarse y desplegar en la sociedad los valores de cooperación y solidaridad, valores en retroceso en una cultura de valores acentuadamente competitivos, de búsqueda del éxito personal y cuyo resultado es una creciente desigualdad que está carcomiendo las estructuras de nuestra

sociedad. En el ámbito local hay numerosas necesidades sociales insatisfechas, lo que permite la realización de *proyectos innovadores de inserción social* generando ocupación en torno a ellas. Una propuesta a tomar en consideración es la instauración de los denominados *Créditos para el Ciudadano Activo* con el objetivo de promover la ayuda mutua y proveer así una política complementaria de inclusión social.

Garantizar la base económica de la ciudadanía

El problema de las sociedades capitalistas estriba hoy, como siempre, en la poderosa tendencia del mercado a extender su lógica propia al conjunto de la sociedad, invadiendo otras esferas. Esto lo hace de dos formas: reduciendo toda realidad social a la categoría de “mercancía” e imponiendo como fundamento de la relación entre las personas y los grupos la capacidad de compra (en última instancia, el dinero).

El mercado tiende a extender su propia lógica al conjunto de la sociedad

El desarrollo del Estado de Bienestar ha supuesto una *desmercantilización* de los intereses de los trabajadores, al reemplazar la idea de “contrato” por la de “posición” y los “derechos de propiedad” por los “derechos de ciudadanía”. Podemos hablar de desmercantilización porque las prestaciones sociales a las que el individuo tiene derecho no derivan de su posición real en las relaciones de mercado, sino que responden a una concepción social y política en virtud de la cual se asume que los individuos o las familias pueden mantener un nivel de vida socialmente aceptable independientemente de su participación en el mercado. Por el contrario, en la actualidad estamos asistiendo a una *remercantilización* de importantes sectores del espacio antes reservado a la previsión pública.

Pero en una sociedad como la nuestra, donde el acceso real a la ciudadanía pasa por la capacidad de disponer de unos recur-

sos económicos suficientes y estables, la intrusión del cálculo económico y la eliminación de cualquier otra consideración social supone la aparición de una inaceptable dinámica de exclusión social. No es posible hacer depender los derechos asociados a la ciudadanía del funcionamiento libre del mercado. Hay que recuperar el contenido político de la ciudadanía. Y en la práctica, el ejercicio de la ciudadanía pasa por el acceso a los recursos necesarios para poder vivir con la mayor libertad posible. De ahí la reivindicación de disociar del empleo aquella renta básica considerada como mínimo vital para llevar una existencia digna. Ésta es la única forma de lograr que cualquier propuesta de generar empleo con derechos tenga éxito: ya sea el reparto del empleo como el fomento del empleo a tiempo parcial, la flexibilidad, la polivalencia, la movilidad geográfica, el autoempleo o la formación continua, lo mismo que el trabajo fuera del mercado. Sin un ingreso suficiente y estable garantizado como derecho de ciudadanía, al margen de nuestra relación con el mercado en cada momento, todas esas propuestas tendrán como consecuencia para muchas personas la precariedad vital. Lo considero, por tanto, como el eje irrenunciable de cualquier estrategia de lucha contra el paro y la degradación del trabajo o, más en general, de cualquier propuesta destinada a extender y fortalecer los derechos de ciudadanía.